

# MECANÓPOLIS<sup>1</sup>

Miguel de Unamuno

Leyendo en *Erewhon*<sup>2</sup>, de Samuel Butler, lo que nos dice de aquel erewhoniano<sup>3</sup> que escribió el “Libro de las máquinas”, consiguiendo con él que se desenterrasen casi todas de su país, hame venido a la memoria el relato del viaje que hizo un amigo mío a Mekanópolis, la ciudad de las máquinas. Cuando me lo contó temblaba todavía del recuerdo, y tal impresión le produjo, que se retiró luego durante años a un apartado lugarejo<sup>4</sup> en el que hubiese el menor número posible de máquinas.

Voy a tratar de reproducir el relato de mi amigo, y con sus mismas palabras, a poder ser.

Llegó un momento en que me vi perdido en medio del desierto; mis compañeros, o habían retrocedido, buscando salvarse, como si supiéramos hacia donde estaba la salvación, o habían perecido<sup>5</sup> de sed. Me encontré solo y casi agonizando de sed. Me puse a chupar la sangre negrísima que de los dedos me brotaba, pues los tenía en carne viva por haber estado escarbando con las manos desnudas al árido<sup>6</sup> suelo, con la loca esperanza de alumbrar<sup>7</sup> alguna agua en él. Cuando ya me disponía a acostarme en el suelo y cerrar los ojos al cielo, implacablemente azul, para morir cuanto antes y hasta procurarme la muerte conteniendo la respiración o enterrándome en aquella tierra terrible, levanté los desmayados ojos y me pareció ver alguna verdura<sup>8</sup> a lo lejos: “Será un ensueño de espejismo”, pensé; pero fui arrastrándome.

---

<sup>1</sup> Este cuento apareció publicado en el suplemento literario *Los Lunes de El Imparcial* de Madrid, en el año de 1913. Forma parte del segundo volumen de la compilación de *Cuentos* de Miguel de Unamuno, con edición a cargo de Eleanor Krane Paucker publicado en Madrid en el año de 1961 por Ediciones Minotauro. Después, en 1995 aparece en el segundo volumen de la colección de *Obras Completas* de Miguel de Unamuno, con edición a cargo de Ricardo Senabre, publicado en la misma ciudad por Turner Libros S.A. La versión aquí utilizada es la que aparece en *Cuentos* de 1961, ya que la editora de esta colección es también autora de un estudio de los cuentos de Unamuno titulado “Los cuentos como clave de la obra Unamuniana” el cual ha sido utilizado para esta edición crítica. *Mekanópolis*, la palabra del título es una ciudad que Unamuno inventa. Es una palabra compuesta de dos partes *Mecano*, que tiene que ver con algo mecánico, en este caso las máquinas, y *polis*, que viene del antiguo griego que significa ciudad o estado. Entonces el título significa ciudad de las máquinas. En 1927, el director cinematográfico Fritz Lang dirige la película “Metrópolis” que trata de una ciudad en que la armonía social es corrompida por un robot creado para saciar la ambición de un hombre.

<sup>2</sup> Libro escrito por Samuel Butler, que representa una sátira utópica del mundo en el cual la maquinaria es prohibida. Erewhon es la palabra “nowhere” escrita al revés y trata de la hipocresía y la absurdidad del progreso mecánico y los avances en la teoría científica y los sistemas legales. Unamuno siempre se declaró contra el progresismo que amenazaba con consumir las ciudades. En el artículo “An approach to Unamuno’s cuentos” (*Neophilologus* 78: 73-78, 1994) Rose Marie Marcone señala que en cuentos como Mekanópolis el contenido humano desaparece conforme la sociedad se va acercando a la tecnología. Pío Baroja también hace mención de el libro de Butler en su novela *El Hotel del Cisne*, en el capítulo IV, sección XXIII titulada “La inmanencia de los instrumentos.” Baroja se limita a decir que de *Erewhon* no ha leído mas que el principio, a pesar de que se lo elogiaron mucho (Baroja 285-86). Sin embargo, esta sección de la novela tiene gran importancia en cuanto al cuento Mekanopolis, ya que concuerda con Unamuno en cuanto a esta época materialista en la que la sociedad está entrando. Baroja habla sobre una rebelión de las máquinas en contra del hombre, su propio creador.

<sup>3</sup> Habitante de la ciudad de Erewhon

<sup>4</sup> lugar

<sup>5</sup> Acabar, fenecer, dejar de ser. En este caso se refiere a sus amigos que mueren.

<sup>6</sup> Seco, estéril, de poco jugo y humedad.

<sup>7</sup> Registrar, descubrir las aguas subterráneas y sacarlas a la superficie.

<sup>8</sup> Color verde, verdor.

Fueron horas de agonía; más cuando llegué, encontréme, en efecto, en un oasis<sup>9</sup>. Una fuente restauró mis fuerzas, y después de beber comí algunas sabrosas y succulentas frutas que los árboles brindaban liberalmente<sup>10</sup>. Luego me quedé dormido.

No sé cuántas horas estaría durmiendo, y si fueron horas, o días, o meses, o años. Lo que sé es que me levanté, otro, enteramente otro. Los horrendos<sup>11</sup> padecimientos habíase borrado de la memoria o poco menos. “¡Pobrecillos!” me dije al recordar a mis compañeros de exploración muertos en la empresa. Me levanté volví a comer frutas y a beber agua, y me dispuse a recorrer<sup>12</sup> el oasis. Y he aquí que a los pocos pasos me encuentro con una estación de ferrocarril, pero enteramente desierta<sup>13</sup>. No se veía un alma en ella. Un tren, también desierto, sin maquinista ni fogonero<sup>14</sup>, estaba humeando. Ocurrióseme subir, por curiosidad, a uno de sus vagones. Me senté en él; cerré, no sé por qué, la portezuela<sup>15</sup>, y el tren se puso en marcha<sup>16</sup>. Experimenté un loco terror y me entraron ganas de arrojarme por la ventanilla. Pero, diciéndome: “Veamos en qué para esto”, me contuve.

Era tal la velocidad del tren, que ni podía darme cuenta del paisaje circunstante. Tuve que cerrar las ventanillas. Era un vértigo horrible. Y cuando el tren al cabo se paró, encontreme en una magnífica estación muy superior a cuantas acá conocemos. Me apeé<sup>17</sup> y salí.

Renuncio a describirte la ciudad. No podemos ni soñar todo lo que de magnificencia, de suntuosidad<sup>18</sup>, de comodidad, y de higiene estaba allí acumulado. Por cierto que no me daba cuenta para qué todo aquel aparato de higiene, pues no se veía ser vivo alguno. Ni hombres, ni animales. Ni un perro cruzaba la calle; ni una golondrina el cielo.

Vi en un soberbio edificio un rótulo que decía: Hotel, escrito así, como lo escribimos nosotros, y allí me metí. Completamente desierto. Llegué al comedor. Había en él dispuesta una muy sólida<sup>19</sup> comida. Una lista sobre la mesa, y cada manjar que en ella figuraba con su número, y luego un vasto tablero de botones numerados. No había si no tocar un botón y surgía del fondo de la mesa un plato que se deseara.

Después de haber comido salí a la calle. Cruzábanla tranvías y automóviles, todos vacíos. No había sino acercarse, hacerles una seña y paraban. Tomé un automóvil y me dejé llevar. Fui a un magnífico parque geológico, en los que se mostraban los distintos terrenos, todos con sus

---

<sup>9</sup> Sitio con vegetación y a veces con manantiales que se encuentra aislado en los desiertos arenosos de África y Asia.

<sup>10</sup> *Obras Completas* “Libremente”

<sup>11</sup> *Obras Completas* “Los últimos y horrendos”

<sup>12</sup> *Obras Completas* “Reconocer”

<sup>13</sup> La estación de ferrocarril desierta puede servir como indicación de que el relato es fantástico. Usualmente, los relatos fantásticos tienen como escenario un lugar abandonado o lejano de la ciudad. Además, al principio de un relato fantástico suele aparecer algún medio de transporte que señala el viaje que se toma para ir al encuentro del segundo mundo, el fantástico. Algunos ejemplos de esto son las escenas que inician las películas “Las crónicas de Narnia” y “El laberinto del fauno” donde los personajes se encuentran viajando en un tren y en un coche respectivamente.

<sup>14</sup> Encargado de cuidar el fogón.

<sup>15</sup> Puerta del carruaje. Esta portezuela puede simbolizar el umbral por medio del cual el protagonista entra en contacto con el mundo de lo fantástico, ya que al entrar al vagón y cerrar la portezuela está en un lugar, y tras viajar a una alta velocidad que no le permite observar el paisaje, termina en un lugar completamente distinto donde los hechos insólitos empiezan a ocurrir.

<sup>16</sup> Baroja hace un comentario en “La inmanencia de los instrumentos” que se asemeja a esta situación descrita por Unamuno. Baroja habla en general de los instrumentos creados por el hombre que se empiezan a revelar contra él: “El tren pasa por delante del edificio y no se para en las estaciones [...] se para donde le da la gana” (Baroja 285).

<sup>17</sup> Desmontarse o bajarse de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.

<sup>18</sup> Grande y costoso.

<sup>19</sup> Firme, macizo, denso o fuerte.

explicaciones en cartelitos. La explicación estaba en español, sólo que con ortografía fonética<sup>20</sup>. Salí del parque; vi que pasaba un tranvía en ese rótulo: “Al Museo de Pintura”, lo tomé. Había allí todos los cuadros más famosos y en sus verdaderos originales. Me convencí de que cuantos tenemos por acá, en nuestros museos, no son sino reproducciones muy hábilmente hechas. Al pie de cada cuadro una doctísima explicación de su valor histórico y estético, hechas con la más exquisita sobriedad<sup>21</sup>. En media hora de visita allí aprendí sobre pintura, más que en doce años de estudio por aquí. Por una explicación que leí en el cartel de la entrada vi que en Mekanópolis se consideraba al Museo de Pintura como parte del Museo Paleontológico<sup>22</sup>. Era para estudiar los productos de la raza humana que había poblado aquella tierra antes que las máquinas las suplantaran<sup>23</sup>. Parte de la cultura paleontológica de los mecanopolitas<sup>24</sup> -¿quiénes?- eran también la sala de música y las más de las bibliotecas, de que estaba llena la ciudad.

¿A qué he de molestarte más? Visité la gran sala de conciertos, donde los instrumentos tocaban solos. Estuve en el Gran Teatro. En un cine<sup>25</sup> acompañado de fonógrafo<sup>26</sup>, pero de tal modo que la ilusión era completa. Pero me heló el alma el que yo era el único espectador. ¿Dónde estaban los mecanopolitas?

Cuando a la mañana siguiente me desperté en el cuarto del hotel, me encontré, en la mesilla de noche, *El Eco de Mekanópolis*<sup>27</sup>, con noticias de todo el mundo recibidas en la estación de telegrafía sin hilos. Allá, al final, traía esta noticia: “Ayer tarde arribó<sup>28</sup> a nuestra ciudad, no sabemos cómo, un pobre hombre de los que aún quedaban por ahí, la auguramos<sup>29</sup> malos días.”

Mis días, en efecto, empezaron a hacérseme torturantes. Y es que empecé a poblar mi soledad de fantasmas. Es lo más terrible de la soledad, que se puebla al punto. Di en creer que todas aquellas fabricas, aquellos artefactos, eran regidos por almas invencibles, intangibles y silenciosas. Di en creer que aquella ciudad estaba poblada de hombres como yo, pero que iban y venían sin que lo viese ni los oyese mi tropezara con ellos. Me creí<sup>30</sup> víctima de una terrible enfermedad, de una locura. El mundo invisible con que poblé la soledad humana de Mekanópolis se me convirtió en una martirizadora pesadilla. Empecé a dar voces, a increpar<sup>31</sup> a las máquinas, a suplicarlas<sup>32</sup>. Llegué hasta caer de rodillas delante de un automóvil, implorando de él misericordia. Estuve a punto de arrojarme, aterrado cogí el periódico, a ver lo que pasaba en el

---

<sup>20</sup> Escritura cuyos elementos representan los sonidos con mayor exactitud, a diferencia de la ortografía convencional. Unamuno era conocido por su crítica hacia el hombre que se deja llevar por las corrientes sociales y la histeria colectiva, y por su gran afán de marcar la individualidad del ser humano. Un ejemplo de esto se puede ver en su cuento “García, mártir de la ortografía fonética” el cual tiene como protagonista a un maestro que mediante su apellido buscaba distinguirse de entre los demás.

<sup>21</sup> Moderación, carente de adornos supletivos.

<sup>22</sup> Paleontología: arte que estudia a los seres orgánicos desaparecidos a partir de sus restos fósiles.

<sup>23</sup> Este temor de que el hombre sea reemplazado por maquinaria es muy típico de Unamuno. Esta situación se presenta en “Metrópolis” donde uno de los personajes expresa su temor de que las máquinas se revelen contra ellos y tomen control de la ciudad.

<sup>24</sup> Habitantes de la ciudad de Mekanópolis.

<sup>25</sup> *Obras Completas* “Era un cine”

<sup>26</sup> Instrumento que registra y reproduce las vibraciones de cualquier sonido en un disco o cilindro.

<sup>27</sup> Periódico ficticio que circulaba en Mekanópolis.

<sup>28</sup> *Obras Completas* “Ayer arribó”

<sup>29</sup> Presagiar, presentir, predecir.

<sup>30</sup> *Obras Completas* “Me creía”

<sup>31</sup> Reprender con dureza y seriedad.

<sup>32</sup> *Obras Completas* “Suplicarles”

mundo de los hombres, y me encontré con esta noticia<sup>33</sup>: “Como preveíamos, el pobre hombre que vino a dar, no sabemos cómo, a esta incomparable ciudad de Mecnópolis, se está volviendo loco. Su espíritu, lleno de preocupaciones ancestrales y de supersticiones respecto al mundo invisible, no puede hacerse al espectáculo del progreso. Le compadecemos.”

No pude ya resistir esto de verme compadecido por aquellos misteriosos seres invencibles, ángeles o demonios –que es lo mismo-, que yo creía que habitaban Mecnópolis. Pero de pronto me saltó una idea terrible, y era la de que las máquinas aquellas tuviesen su alma, un alma mecánica, y que eran las máquinas mismas las que me compadecían. Esta idea me hizo temblar. Creí encontrarme ante la raza que ha de dominar la tierra deshumanizada<sup>34</sup>.

Salí como un loco y fui a echarme delante del primer tranvía eléctrico<sup>35</sup> que pasó. Cuando desperté del golpe me encontré de nuevo en el oasis de donde partí. Eché a andar, llegué a la tienda de unos beduinos<sup>36</sup>, y al encontrarme con uno de ellos, le abracé llorando. ¡Y qué bien nos entendimos aun sin entendernos! Me dieron de comer, me agasajaron<sup>37</sup>, y a la noche salí con ellos, y tendidos en el suelo, mirando el cielo estrellado, oramos juntos. No había máquina alguna en derredor nuestro.

Y desde entonces he concebido un verdadero odio a eso que llamamos progreso, y hasta a la cultura, y ando buscando un rincón donde encuentre un semejante, un hombre como yo, que lllore y ría como yo río y lloro, y donde no haya una sola máquina y fluyan todos los días con la dulce mansedumbre cristiana de un arroyo perdido en el bosque virgen<sup>38</sup>.

---

<sup>33</sup> *Obras Completas* “Estuve a punto de arrojarme en una caldera de acero hirviendo de una magnífica fundición de hierro. Una mañana, al despertarme, aterrado, cogí el periódico, a ver lo que pasaba en el mundo de los hombres, y me encontré con esta noticia:”

<sup>34</sup> Aquí entra claramente la idea reflejada en “La inmanencia de los instrumentos” donde Baroja habla claramente de esta revolución de las máquinas donde la ley del hombre ya no tiene lugar. “Todas las cosas creadas por el hombre se comienzan a considerar independientes o a ponerse contra él [...] ya no tienen objeto humano, lo tienen en sí mismo [...] el tornillo se siente protestante, se ha metido en una rendija del suelo y no sale de allí; el botón ha quedado en el tubo de una cañería o en la garganta de un niño; el alfiler no quiere atravesar la doblez de una tela, rasga la piel y hace un arañazo profundo” (Baroja 284-85). Estas imágenes reflejan claramente a la maquinaria como la raza dominante en esta “tierra deshumanizada”.

<sup>35</sup> El medio de transporte que regresa al protagonista al mundo real es muy parecido al que lo lleva a Mecnópolis en el principio. Sólo que como ahora está en una ciudad con un gran avance tecnológico es un tranvía eléctrico y no un ferrocarril.

<sup>36</sup> Hombres bárbaros y desafortunados. También se dice de los árabes nómadas que habitan su país originario, que viven esparcidos por Siria y el África septentrional.

<sup>37</sup> Tratar con atención expresiva y cariñosa. Halagar o favorecer a alguien con regalos o con otras muestras de afecto o consideración. Hospedar o aposentar.

<sup>38</sup> Este último párrafo contiene una idea muy propia de Unamuno. De acuerdo a Eleanor Krane Paucker en su artículo “Los Cuentos de Unamuno como clave de su obra” que sirve como prólogo para *Cuentos*, existe un gran conflicto entre la ciudad y el campo en los cuentos de Unamuno. El autor rechazaba la ciudad y sus avances tecnológicos porque deshumanizaban al hombre, y favorece al campo por que éste lo regenera. En la película “Tiempos Modernos” de 1936, Charles Chaplin nos muestra esta sociedad progresista, donde el hombre deja de serlo y se convierte en una parte más de la maquinaria con que trabaja.